

## **OBRA CATEQUETICA DEL PADRE MERLOS COMO IMPULSO A LA CATEQUESIS MEXICANA**

Entre los más de 114 escritos con que cuenta la obra del Lic. Francisco Merlos, cerca de 34 de ellos están dedicados expresamente al ministerio del catequista y un número semejante aborda el tema de manera tangencial.

En uno de sus primeros escritos aparecido en 1966 en la revista *Lumen Vitae* de la Universidad de Lovaina -al parecer a un año de su ordenación presbiteral-, se señala dicha fecha como el inicio de su labor catequética en América Latina. Trece años después, en 1979, llegaría a ser director de la sección de catequesis en el Instituto Pastoral del Celam en Colombia.

### **Primer Impulso: Priorizar la formación de las y los catequistas**

Una de las preocupaciones que con frecuencia aparece en sus escritos es su honda preocupación por la formación de los catequistas, ya que “estas personas y su capacidad para dar lo mejor de sí mismas, son la gran riqueza; para esto, hay que desarrollar al máximo sus talentos, sus carismas y sus cualidades”.

Es un tanto trágica la descripción que hace en el año 1975 del panorama de la catequesis en América Latina y evidentemente en México:

“He podido observar que muchas veces ellos mismos (las y los catequistas) tienen que pagarse sus cursos y sus materiales de trabajo, porque los responsables no consideran a los catequistas una inversión rentable. Y ellos, no obstante, allí están con toda la dignidad de su fe, dispuestos a compartirla aún arriesgando su vida en el martirio. Tentación frecuente en los encargados de la catequesis es la burocratización de papel que la convierte en espacio de ideólogos que no se atreven a mirar al rostro de los catequistas ni menos a ensuciarse las manos y los pies con los polvos de sus caminos. No basta solo con ‘hablar a los catequistas’, ni siquiera ‘hablar de los catequistas’. Lo que se requiere es ‘hablar con los catequistas’”.

En diversos artículos vuelve a esta idea fundamental: “Los instrumentos de trabajo no pueden ser realmente eficaces si no hay personas bien formadas. Por lo mismo la adecuada formación de los catequistas, no puede ser

menos que la renovación de los textos, ni de los métodos, ni de la organización de la Catequesis. La formación de personas es la mejor inversión que podamos hacer en la Catequesis”

Para Merlos, el punto de partida de la formación de todo catequista es la *inserción real y la experiencia continua de su entorno vital*. Se trata de que se solidarice con los anhelos del pueblo en el que habita; que experimente los problemas que existen en su comunidad; que se sitúe dentro de su historia y de su cultura. Entonces el catequista está en condiciones de razonar y explicarse con la ayuda de las ciencias humanas, como la antropología, la sociología, la psicología social, —aunque sea de modo incipiente—, sobre la causa de esta situación y así saborear el nuevo sentido que le ofrece la Sagrada Escritura y la doctrina de la Iglesia, a fin de interpretar su historia como una historia de salvación.

Insertarse de esta forma es llegar a ser lo que ya es: un ser de relaciones, capaz de inventar práctica cristiana, es decir, hacer cultura. Merlos plastifica esta idea de la siguiente forma: “Su cuerpo, sus ademanes, sus gestos, sus miradas, su saludo, sus actitudes, sus movimientos, todo en el catequista, se hace relación y signo de algo mas profundo que hay en él: su interioridad, su misterio personal”; “se ubica psicosocialmente en su mundo, entiende el sentido de la historia, se valora como persona y así descubre su potencial para proyectarse creativamente a la comunidad”.

La comunidad en donde vive es la matriz de su catequesis. El P. Merlos lo dirá en una forma magistral: “La catequesis existe para edificar a la comunidad, revelando (al catequista) su vocación en el proyecto de Dios e impulsándole a caminar en ese sentido; ya que entre ambas existe una corriente de vida que las hace recíprocamente indispensables. Nacen y crecen juntas. La comunidad vive de la catequesis y ésta se nutre de la comunidad. Sin catequesis la comunidad corre el riesgo de desintegrarse. Sin la comunidad la catequesis corre el peligro de volverse intrascendente”

Esto sin embargo supone un individuo que no espera todo de su párroco; es creativo y no repetitivo, una persona y no un esclavo de un libro; un ser histórico y no un autómatas, alguien quien valora no sólo la razón sino también el sentir y la imaginación.

Ante lo dicho me salta una pregunta: ¿será posible que nazcan estas inquietudes en catequistas, que en su inmensa mayoría, están dedicados y

dedicadas a la catequesis de niños, y ésta sólo como preparación rápida a la primera comunión o a la confirmación?

En general, un catequista de niños difícilmente se siente desafiado por el entorno en que vive, ya que considera al niño más como objeto, que como sujeto, más como destinatario que como interlocutor. Por su situación de infante ni cuestiona los contenidos ni el método con que se le imparte la catequesis.

No así la catequesis de adultos, concretamente, en este caso, la catequesis de papás y mamás a quienes se les pide que se conviertan en catequistas de sus hijos en su vivienda.

Ante esta inquietud me metí a repasar los artículos del P. Merlos tratando de encontrar consideraciones sobre la necesidad de trabajar con adultos como el interlocutor central de toda catequesis. Muy al principio de su producción pastoral, en julio de 1975, tiene un artículo llamado “Teología y Pastoral del Hombre Adulto”, que todavía no explicita este imperativo.

Sin embargo en 1992 la Comisión Episcopal de Evangelización y Catequesis publica el Segundo Directorio Nacional para la catequesis mexicana, conocido como ‘Guía Pastoral para la Catequesis en México’. En ese entonces el P. Merlos era secretario ejecutivo de dicha Comisión. Esta Guía fue fruto de un proceso de 1987 a 1991 que se inspiró en la situación sociocultural de México. Fue producto de muchos encuentros que culminaron en la Décima Jornada Catequética Nacional, celebrada en Querétaro en noviembre de 1990, con la presencia de casi 1000 catequistas de todo el país. El lema de dicha jornada fue ‘Un rostro nuevo para la catequesis en México’.

En dicho documento, al menos se afirma que “la catequesis de adultos merece especial atención, que sin olvido de la tradicional de jóvenes y niños, es modelo de toda catequesis”. Señala que “las sociedades está en manos del adulto que refleja sobre ellas su calidad humana, espiritual y moral... entre los adultos están los que el documento de Puebla llama ‘constructores de la sociedad’”. Lamenta que “a menudo encontramos adultos que pasaron por la catequesis de la niñez y viven de espaldas a la fe”.

## **Segundo Impulso: Hacia una catequesis pluricultural**

En el Encuentro Latinoamericano de Catequesis que tuvo lugar en Dallas, Texas, del 5 al 8 de febrero de 1998, el P. Merlos afirmaba: “Las culturas nos hacen distintos en relación a la forma de entender la catequesis en América Latina”. En ocasiones lo decía de otra manera: “Toda acción pastoral, antes de ser problema práctico, es un problema teológico”.

Este planteamiento, a partir del documento de Aparecida, nos suena más familiar; en él se acepta sin titubeos que “en América Latina existe un pluralismo cultural y religioso (DA 479. 100g), o sea, plurales ofertas religiosas que tratan de responder a su manera a la sed de Dios...”(DA 10). El P. Merlos desarrolla este tema sobre todo en la lectura catequética que hizo del documento de Santo Domingo: “la idea romántica del monolitismo cultural, producto de una interpretación miope de la historia y la realidad, ha sido abandonada, pasando a un paradigma cultural” desde el que hay que re-leer el Plan de Dios.

En la década de los 80s del siglo pasado, Merlos insistía en la importancia del diálogo con las ciencias analíticas de la realidad, en especial las sociales. Cito textualmente: “es necesaria una catequesis liberadora que se inscriba en un contexto latino-americano de pobreza, engendrada por mecanismos de opresión y de injusticia; que se sitúa en el marco de la evangelización como matriz y sustento de toda acción eclesial; que anuncie un mensaje cuya fuerza promueva la dignidad integral de las personas, invitándolas a liberarse de sus esclavitudes, desde una Iglesia, sacramento del Reino, solidaria con las causas de la justicia, a través del ministerio profético de hombre y mujer que practican la pedagogía liberadora de Dios revelada en Jesús, para edificar el hombre nuevo y a la nueva humanidad según el designio liberador de Dios”.

Unos años después insiste en la importancia de dialogar con las ciencias humanas, especialmente con la antropología social. El diálogo de la cultura cristiana con otras culturas es la nueva matriz interpretativa de la realidad. Las culturas es la puerta de entrada a los demás aspectos de la realidad, la socioeconómico y la política.

Sin duda se siente reflejado en el texto del documento de Santo Domingo que dice: “El Verbo, presente en toda cultura, se ha hecho judío. Por medio de este gesto paradigmático se ha constituido en punto universal de llegada

tanto de las múltiples presencias de Dios en las culturas pre-cristianas (Hch 17,22-29), como del largo camino espiritual de Israel, que aprende a pregustar en su historia las múltiples presencias anticipadas del Padre de Jesús (Hch 1,1-14). Por el mismo gesto misterioso del Verbo hecho judío, se erige también en punto universal de partida para valorar las culturas y aprender la pedagogía divina del diálogo con ellas” (cf SD 228)

Cualquier cultura crea su propio lenguaje con el que hay que dialogar. Consecuentemente al cristiano corresponde inculturar el Evangelio, de esta manera el Evangelio ingresa en el corazón de las culturas y así mismo entran las otras culturas en la vida de la Iglesia, asumiendo todo lo que implica de fecundación recíproca. Es así un movimiento de ida y vuelta. Y la siguiente aseveración, es a mi juicio, una de las más lúcidas en los procesos de inculturación: “Los elementos esenciales de la Revelación (Encarnación, Pascua, Pentecostés) son aptos para encarnarse en toda cultura, que a su vez, los puede acoger, entender, reinterpretar y asimilar dentro de su propia experiencia”.

Así, cualquier cultura religiosa está en posibilidad de ser expresión nueva e inédita del Evangelio y de un seguimiento de Jesús. Si en la Edad Media (siglos VII y VIII) la catequesis se preocupaba principalmente por transmitir una enseñanza doctrinal correcta, sana y apegada a la ortodoxia, en la que era más importante muchas veces aprender el Depósito de la fe; hoy día se ha revalorado la ortopraxis como seguimiento de Jesús.

Al prevalecer en las otras culturas lenguajes simbólicos que se vitalizan en medio de rituales y al ser el símbolo un lenguaje polivalente y polisémico que lleva en sí el riesgo de ser interpretado de un sinnúmero de formas, hay que reconocer que la Palabra con su carácter de univocidad cierra la interpretación y aclara el significado de cualquier símbolo. Por eso el signo lingüístico, “la Palabra, debió haber sido escogida entre todos los signos humanos, como manifestación del ser divino y vehículo privilegiado de su revelación y de su alianza con los hombres”.

En nuestros días en que el hombre del siglo XXI ha sido de los seres humanos más religiosos que ha habido en la historia de la humanidad, la Palabra Encarnada Jesucristo, por ser Palabra y acontecimiento visible y tangible, es la respuesta a este pluralismo cultural, pero como Persona concreta, y no como alguien que sólo habló.